



LA LITERATURA INFANTIL, LA LECTURA Y EL PLACER

Maén Puerta

Universidad de Los Andes, Venezuela
maen@ula.ve

La literatura infantil deber ser una fiesta. Tan sabia y tan emocionante como un partido de fútbol o como un baile. La palabra se transforma en un vasto campo de juego donde se dan cita la alegría, la imaginación, la libertad, para crear las posibilidades del relato, el espectáculo fascinante de la poesía, no debe tener otros propósitos que los de alegrar el corazón de los niños. El mejor poema, he pensado siempre, es el que le deja a uno en la memoria un inconfundible sabor a helado de fresa. El mejor cuento es aquel que permite nuestra complicidad, que nos acepta como tripulantes en el cobete que se desliza rumbo a las estrellas, o que nos permite galopar en un caballo con alas, o aquel que toca nuestro corazón y le pone imágenes de personas amadas a nuestros sueños. Es aquel que hace familiares a nuestra sed de aventuras todos los mares de la tierra, que nos permite recorrer un enorme desierto en el espacio fascinante de una página, o que nos lleva de la mano a una ciudad del futuro donde es posible encontrar a un hombre de hierro enamorado de una rosa.

Jairo Aníbal Niño

Sin duda alguna, el título de este trabajo nos convoca a varias aproximaciones: lecturas, lectores y placer, que, en términos prácticos, tienen vinculaciones y consecuencias precisas.

Comenzaré por señalar que la lectura es un reto para toda sociedad, una experiencia que necesita la acción de todos: del Estado, la familia y la comunidad, para lograrla en términos de calidad y eficiencia, favorecerla y comprender sus alcances en la vida del ser humano.

En un Encuentro de literatura infantil en el cual hace poco tiempo participé, uno de los expositores señalaba que el libro no era una maravilla como muchos de nosotros y algunos docentes creen, sobre todo si lo acompañamos del pedagogismo que marca la práctica de la lectura literaria en un aula de clases. Las autopsias acostumbradas que como examen proliferan en el ámbito educativo dejan a un lado el verdadero placer estético de la lectura. Y es, creo, ésta una de las razones por la cual cada día logramos convocar menos a los niños y a los jóvenes.

Mi experiencia con el trabajo de la lectura literaria con los más pequeños me lleva a pensar que invitar al niño y al joven a comprender y disfrutar el material literario leído puede extender la alfombra para al lector del futuro. Hoy en día, se ha señalado que debemos rescatar la lectura en voz alta, debido a la fuerza que ella pueda generar en los pequeños, y dejar la lectura en silencio cuando se domine el proceso en su totalidad.

A cualquier lector que se está iniciando en el camino de la lectura debemos leerle en voz alta, pero no sólo como un acto mecánico, sino para que cada narración le permita compartir sus posibles interpretaciones con los “mediadores”, entendiendo a éstos como selectores y favorecedores del acto lector, una especie de encantadores que lo llevarán a conocer la verdadera magia de la lectura. Si nos acercamos a refrescar nuestra memoria y a los hechos que la marcaron, así como nuestros vínculos e historias personales con la lectura, seguro que encontraremos en ese camino a seres especiales (abuelos, tíos, amigos, maestros) que orientaron nuestras primeras lecturas y que de alguna manera marcaron el inicio de nuestro gusto literario.

El oficio de narrar está consubstanciado con una actitud ante la vida, con una forma de ver el mundo que siempre está en un proceso de fertilización, y eso se puede transmitir a través de una autentica convocatoria a los más jóvenes. No se trata de imponer, sino de sugerir, atravesando, en el sentido literal del término, textos en los espacios donde los niños y jóvenes habitan. Hay una sentencia popular que reza “lo prohibido es lo divino”, y ésta puede ser una forma de marcar el comienzo. Quizás, por llevar la contraria, el niño o joven se acercará al material para conocerlo.

Estas afirmaciones nos hacen pensar en la necesidad de generar estrategias que hagan de la palabra un ente lúdico, como un salvoconducto de comunicación en la era que estamos viviendo: nuevas tecnologías como Internet cobran vital importancia para ellos. No podemos alejarnos de ellas porque estaríamos presenciando un contrasentido, en cuanto a la convocatoria de los más pequeños y al poder avasallador que los cambios nos imponen. Definitivamente, hay que encontrar nuevas formas de diálogo con estas tecnologías para estar en consonancia con los intereses de los más pequeños. La literatura es un instrumento de recreación, un acto de comunicación que no debe tener otra finalidad que el disfrute, el goce y el placer, y si concebimos que los espacios de trabajo que se generan a partir de la literatura establecen una relación recíproca entre el texto, el lector y el proceso de lectura, estamos seguros de que la aventura de leer implicará una entrega más vivencial.

Montes (1990) señala que

Las reglas que gobernaban la dosificación de realidad y fantasía han cambiado mucho en estos últimos años, es evidente que el viejo “mundo infantil” ha entrado en crisis. Y aun cuando sigue habiendo muchos que se resisten a abandonar el método del corral y siguen sosteniendo que la fantasía es peligrosa y no hay como un buen sueñismo divagante para conservar la tutela sobre la infancia, lo cierto es que las viejas certezas y los viejos métodos se han venido agrietando (p. 26).

Los medios de comunicación junto con las nociones más recientes de infancia y de literatura para niños han generado una especie de “refundación del género” que ha incidido en la concepción de ver en el niño un actor social con intereses y motivaciones particulares, lo que indefectiblemente nos lleva a considerar una nueva refundación de los conceptos de literatura y lectura, abriendo horizontes para generar aprendizajes más reflexivos y auténticos.



La recepción y el placer

El niño y el joven dentro del proceso de recepción de la literatura

Leer no sólo implica reconocer palabras en un texto: constituye básicamente una experiencia de vida que nos lleva a comprender e interpretar. Por lo tanto, esta actividad se presenta como un proceso complejo que requiere de una interacción constante entre el lector y el texto, y cuando hablamos de lectores inexpertos, la figura del mediador adulto es vital. Creemos que es necesario que el adulto que acompañe el proceso de lectura literaria se transforme en un auténtico mediador entre las obras literarias y sus destinatarios, que pueda apoyar el diálogo que se sostiene entre el texto, el autor, el mensaje y el lector.

Se trata de hacer de la palabra un espectáculo que hay que compartir, y el adulto puede ser un cómplice de los asombros y la aventura que ella recrea en el niño. El adulto mediador puede motivar la atención del niño y podrá manifestar sus gustos y las vivencias que la lectura ha provocado en él. Sabemos que la recepción de los niños y jóvenes puede estar limitada por su competencia lectora, por su comprensión y por sus relaciones previas con la literatura, y esto de alguna manera podría incidir en la formulación de sus juicios y apreciaciones de un texto literario. Pero, tal vez, con la ayuda de un adulto ganado hacia la lectura por placer en sí misma, puede ser que se genere una oportunidad, donde la vía sea el goce.

En estos tiempos donde el ruido es el protagonista, es necesario retomar el poder de la lectura como ese espacio de intimidad, de libertad que puede transformar la vida del niño y que de alguna manera privilegia el sentido estético en la existencia de los seres humanos.

Existen tantos atractivos de esparcimiento para los niños y jóvenes, que la lectura literaria se convierte en un elemento más, entre múltiples posibilidades de distracción, y como una recreación más, debemos de armarnos de estrategias que sirvan para enganchar a éstos en el juego que ella implica.

La experiencia en el dictado de talleres de promoción de literatura en escuelas y liceos de la región, nos llevan a pensar en el poder absoluto de la lectura como una vía de construcción, y en el acto de leer literatura como una experiencia, una forma de existir y sentir emociones ajenas y acercarse a las propias. Bajo este concepto podemos generar un acercamiento a la lectura a través del texto literario con la finalidad de favorecer el disfrute y el gusto estético. Pero no sólo desde ese punto de vista se puede apreciar; también podemos tomar en cuenta lo expresado por Petit (2000), quien señala que “la lectura y en particular de libros puede ayudar a los jóvenes a ser un poco más sujetos de su propia vida, y no solamente objetos de un discurso represivo y paternalista. Y que puede constituir una especie de atajo que lleva de una intimidad un tanto rebelde a la ciudadanía” (p.18).

La palabra es una fiesta que hay que compartir y el adulto puede ser un cómplice de los asombros y la aventura que ella recrea en el niño. El adulto mediador puede motivar la atención del niño y podrá transferirles sus gustos y las vivencias que la lectura ha provocado en él. Sabemos que la recepción de los niños y jóvenes puede estar limitada por su competencia lectora, su comprensión y por sus relaciones previas con la literatura, y esto

de alguna manera podría incidir en la formulación de sus juicios y apreciaciones de un texto literario.

No obstante, actualmente existen algunas investigaciones que versan sobre el poder del niño y su competencia lingüística para seleccionar y escoger materiales (Sánchez, 1999), así como sobre la importancia del docente como mediador de lecturas para orientar el trabajo con literatura (Colomer, 2005). De igual manera existe un aspecto fundamental en el ámbito infantil que no podemos dejar de mencionar y tiene que ver con la recepción; en nuestro caso, el niño y el joven como receptores del discurso literario apoyado en un mediador.

Uno de los teóricos de la estética de la recepción, Ingarden (1989), distingue entre la estructura de la obra literaria como arte y sus concreciones en la lectura. Esos posibles encuentros de los destinatarios con la obra, así mismo, nos hablan de dos conceptos que cristalizan su teoría de la recepción: la concreción y la reconstrucción. La concreción es entendida como valor estético y la reconstrucción como valor temático. En la tarea de reconstrucción, Ingarden nos habla de “lugares de indeterminación” que existen en toda obra literaria y que el lector, en el proceso de recepción de aquella, debe ir completando o construyendo para el texto.

Stierle (1987), por su parte, sostiene que la obra literaria, vista desde la recepción estética, tiene un carácter abierto de significaciones, y será la acción del receptor la que actualizará ese carácter abierto. Además, señala que “El sentido de la obra literaria no puede descubrirse ya con el

análisis de la obra misma o de la relación de la obra con la realidad, sino sólo con el análisis del proceso de recepción en que la obra, por decirlo así, se exhibe en sus múltiples facetas” (p. 92).

Para el trabajo con el texto infantil es necesario tener presentes las marcas textuales y la comunicación que se establece entre el texto y el receptor, esa dialéctica tan especial que nos produce un encuentro durante la lectura que puede marcarnos para toda la vida como lectores. Surge de esta manera la figura del mediador (crítico, padre, maestro) que puede, en palabras de Colomer, servir de escalera para ayudar al niño y al joven abordar un texto, un pasamanos que con cierto apoyo lo lleve a superar las barreras que el texto pueda presentar, teniendo en cuenta sus competencias lingüísticas y literarias.

Colomer (2005) afirma que “compartir las obras con las demás personas es importante porque hace posible beneficiarse de la competencia de los otros para construir el sentido y obtener placer de entender más y mejor los libros. También porque hace experimentar la literatura en su dimensión socializadora, permitiendo que uno se sienta parte de una comunidad de lectores con referentes y complicidades mutuas” (p.194). El hacer más social la literatura para el niño y el joven, y compartir su recepción y sus construcciones puede abrir un camino para fortalecer el interés presentado por ellos.

La afición a los libros y a una lectura recreativa nace de los primeros contactos que tenemos con los textos, contactos que hace el niño en total libertad, la

cual le permite seleccionar una historia y compartirla con los seres más allegados. Es esa la forma que podrá marcar nuestro inicio lector. Los libros entran por todos los sentidos; por lo tanto, debemos dejar que los niños los toquen, los huelan, se acerquen a ellos, para que una imagen o una palabra puedan fortalecer la relación de una manera personal.

Por eso es necesario visualizar la mediación como una tarea que, además de facilitar el ejercicio de elección de las lecturas respecto al análisis del discurso y su funcionalidad estética, tome en cuenta al niño como receptor. Es fundamental tener un conocimiento de la niñez, sus etapas evolutivas y sus intereses sin perder en cuenta la condición del joven lector como sujeto portador de imaginarios que ha ido construyendo previamente.

Para finalizar, quiero compartir una cita de Colomer, quien señala: “La creciente alfabetización del mundo occidental, la progresiva ampliación de la escolaridad a un nivel vital cada vez más prolongado, la entrada de la literatura infantil y juvenil en el ámbito escolar y el aumento de la oferta editorial de este tipo de libros, son factores que permiten que niños y niñas tengan contacto con la literatura infantil y juvenil prácticamente desde que nacen y a lo largo de toda su infancia” (p.13).

A pesar de este evidente interés por el material literario, que nos permite pensar en un camino muy optimista, nos encontramos con que, al constatar las estadísticas, la realidad no ha cambiado mucho: cada día existen menos lectores en la población infantil y juvenil.

Bibliografía

Colomer, T. (2002). *Siete llaves para valorar las historias infantiles* (2º ed). Madrid: Fundación Germán Sánchez Ruipérez.

Colomer, T. (2005). *Andar entre libros. La lectura literaria en la Escuela* (1ª ed). Méjico: Fondo de Cultura Económica.

Ingarden, R. (1989). La recepción estética de la literatura. En: Mayoral (Comp.), *Estética de la recepción*. España: Arco libros.

Montes, G. (1990). *El Corral de la infancia*. Méjico: Fondo de Cultura Económica.

Petit, M. (2000). *Nuevos acercamientos a los jóvenes y a la lectura*. Méjico: Fondo de Cultura Económica.

Sánchez, L. (1999). Discurso literario y comunicación infantil. En: *Literatura infantil y su didáctica*. España: Ediciones de la Universidad de Castilla – La Mancha.

Stierle, K. (1987). ¿Qué significa recepción en los textos de ficción? En Mayoral (Comp), *Estética de la recepción*. España: Arco libros.